

*Los vestigios del concepto de “guerra justa” del
autoritarismo militar brasileño en el discurso
bolsonarista sobre el enemigo*

Luis Fernando Beneduzi

UNIVERSITÀ CA' FOSCARI DI VENEZIA

ABSTRACT

Between 2018 and 2022, Brazil experienced deep political and social polarization, rooted in a dualistic logic dividing “friends” and “enemies.” Emerging in 2014, this reached its peak under Bolsonaro, whose rhetoric revived authoritarian ideals of a homogeneous nation. In one speech, he claimed laws serve the majority, while minorities must “adapt or simply disappear.” Echoing the military dictatorship, this discourse legitimises the exclusion of the “other,” even in physical terms.

Keywords: neopopulism, bolsonarism, “just war”, neoconservative project, authoritarianism.

Entre 2018 y 2022, Brasil vivió una fuerte polarización política y social basada en una lógica dualista de “amigos” y “enemigos”. Iniciada en 2014, alcanzó su punto máximo con Bolsonaro, cuyo discurso retomó ideales autoritarios de una nación homogénea. En un discurso afirmó que las leyes sirven a las mayorías, y las minorías “se adaptan o simplemente desaparecen”. Esta retórica, que remite a la dictadura, legitima la exclusión del “otro”, incluso en términos físicos.

Palabras clave: neopopulismo, bolsonarismo, “guerra justa”, proyecto neoconservador, autoritarismo.

Introducción

Durante el gobierno de Jair Messias Bolsonaro (2019-2022), hubo un momento de marcado dualismo en la sociedad brasileña, un abismo que separaba discursivamente la derecha y la izquierda, con representaciones simbólicas y estereotipos que representaban y caracterizaban a ambos lados. De hecho, como afirma Lia Machado, el período bolsonarista fue el apogeo de un cambio en la sociedad brasileña hacia el "tiempo de la intolerancia", la incapacidad de crear relaciones con la diferencia, la búsqueda de silenciar o eliminar al otro en favor del bien de la nación (Machado 2020). Si un período anterior, asociado a la Constitución de 1988, así como a la apertura y al pluralismo político y social que de ella se derivaban, hablaba de un "tiempo de derechos", los últimos años han acabado convirtiéndose en su opuesto, basado en una política de privación de derechos o de división entre sujetos que "merecían derechos", conocidos como "buenos ciudadanos", y aquellos que debían conformarse a la voluntad de una mayoría en el poder.

La elección de Bolsonaro en 2018 fue la culminación de un proceso de ruptura con el pacto de 1988, que caracterizó política y socialmente la nueva realidad brasileña surgida tras veinte años de autoritarismo. Como señala Camila Rocha y Jonas Medeiros, el pacto democrático, que nació a finales de la década de 1980, se caracterizó por el aumento de la participación de diferentes grupos políticos y movimientos sociales en la esfera pública (Rocha, Medeiros 2022). Junto con el presidencialismo de coalición, el nuevo momento supuso una transformación de la esfera pública con la inclusión de grupos sociales que hasta entonces se habían mantenido al margen. Por otro lado, en la segunda década del siglo XXI, una realidad en la que podemos ver sujetos subalternizados beneficiándose de políticas redistributivas, minorías ganando más derechos en proyectos de igualdad de género y una nueva división sociodemográfica del país, produjo resentimiento entre las antiguas clases medias y altas de la sociedad nacional (Valente 2023). El Bolsonarismo consigue interceptar este sentimiento y, al mismo tiempo, proponer un culpable: el viejo sistema que estaba destruyendo la nación y, especialmente, el peor virus, el Partido de los Trabajadores.

El adversario político, en la lógica de Bolsonaro, no sólo es caracterizado como alguien que presenta un proyecto de gobierno diferente y que debe ser combatido en el campo de las ideas; por el contrario, es descrito como la personificación del mal que quiere destruir la nación y, por lo tanto, necesita ser aniquilado. El eslogan principal de su campaña electoral - "Brasil por encima de todos, Dios por encima de todo" - ensalzaba dos elementos centrales de su construcción simbólica: el patriotismo y la religión. Volviendo a una narrativa del período autoritario, está, por un lado, la anti-nación, sus adversarios, que no aman

a Brasil, y por otro, Bolsonaro que lucha por la verdadera nación brasileña. Esos mismos enemigos son la representación del mal, en un dualismo característico de las propuestas populistas, donde por un lado está lo que perjudica a la sociedad y por otro la honestidad y la austeridad que caracterizan al buen gobierno. Como presenta Rebecca Lemos Igreja, el sistema contra el que luchaba Bolsonaro se identificaba con la izquierda, los comunistas, los corruptos, los homosexuales, los inmorales, mientras que su grupo se asociaba con la sinceridad, la moralidad, los que no pertenecían a la política tradicional, sino que luchaban por el bien de los verdaderos brasileños (Igreja 2021).

Por lo tanto, en una lucha del bien contra el mal, en la que todos los medios justifican los fines, las acciones emprendidas por Bolsonaro se presentarán como una “guerra justa” contra los enemigos del pueblo. Apropiándose de un discurso caro a los generales durante el período autoritario de Brasil, de 1964 a 1985, de guerra contra los enemigos del país, utilizará diferentes instrumentos para atacar y eliminar a sus oponentes, desde la violencia virtual, a través de las diferentes redes sociales - twitter, facebook, whatsapp - pero que causaron importantes daños reales, hasta el abuso de sus poderes como jefe del ejecutivo, o el control de la maquinaria estatal, para favorecer a sus partidarios y obstaculizar a sus oponentes.

Este proceso descrito fue posible porque el momento histórico de la segunda década del siglo XXI, de resentimiento de clase, como se dijo antes, pero también de crisis económica, que contribuyó aún más a la sensación de pérdida, proporcionó las bases para la construcción del odio hacia el otro, el diferente, las minorías. De hecho, como parte de la ola neopopulista que se instaló en la sociedad internacional en el período, el discurso de Bolsonaro buscó dar respuestas simplistas a cuestiones complejas, determinando y divulgando un culpable de todo el desencanto vivido en la época: el sistema, la izquierda, el Partido de los Trabajadores. Al mismo tiempo, Bolsonaro se presenta como el líder carismático, el mesías - “el mito”- que salvará al pueblo de la corrupción moral, política y económica que se ha apoderado de la sociedad brasileña, defendiendo la nación, que en la concepción populista es una, única y unívoca (Finchelstein, 2019).

Teniendo en cuenta estas cuestiones, el objetivo de este artículo es analizar las estrategias discursivas utilizadas por Bolsonaro y sus partidarios para construir una perspectiva maniquea de las relaciones sociales. En este contexto, se busca comprender qué grupos constituyen los enemigos del proyecto político que estaba en el poder en ese momento -entre el agronegocio y los grupos pentecostales- y cómo representan una amenaza para su realización. Para ello, se presenta primero el concepto de “guerra justa”, base ideológica indirecta de las acciones de Bolsonaro y vínculo con su formación militar durante el período autoritario, para pasar a la discusión sobre los presupuestos teóricos del neopopulismo y su aplicación en la política brasileña.

El concepto de “guerra justa” y el contexto del autoritarismo brasileño

La idea de una “guerra justa” contra los enemigos del pueblo brasileño fue el elemento central en la justificación de la acción punitiva por parte del Régimen Autoritario que se mantuvo en el poder en Brasil entre el golpe de 1964 y el proceso de redemocratización a mediados de los años ochenta. Aunque la llamada “fase de plomo” (1968-1974) fue más significativa en términos de número de desaparecidos, eliminación física y suspensión de derechos, la ideología de una cruzada en defensa de la patria, de la nación y de los “hombres de bien” impregnó todo el período dictatorial. La propia Doctrina de la Seguridad Nacional, que fue el fundamento de la política del Estado en ese período, trajo consigo la maduración histórica de ese proyecto de guerra necesaria que se había forjado en el seno del catolicismo desde antes de la Medievo, situándose en la base del derecho internacional moderno, que nació en el siglo XVII.

Richard Sorabji y David Rodin hablan de una tradición cristiana que presentaba los preceptos morales dentro de los cuales la guerra podía justificarse y, más aún, si se consideraba necesaria para la defensa de la sociedad (Sorabji, 2006). Según los autores, el *Jus ad bellum* debía estar motivado en primer lugar por una causa justa que impulsara la acción bélica, siempre después de haber recorrido todos los caminos hacia la paz, porque la guerra debía ser el remedio extremo. Además, debía ser aprobada por la autoridad del derecho y no podía producir una situación aún peor que la que pretendía resolver, proponiendo objetivos que pudieran alcanzarse. Como se analizará a continuación, la retórica del régimen militar siguió cada una de estas prescripciones, respaldando sus acciones en la búsqueda de la salvación de la nación.

En realidad, la primera sistematización de las nociones cristianas sobre la “guerra justa” fue realizada por Tomás de Aquino, en la *Summa Theologiae* (1265-1274), quien, basándose también en las ideas de Agustín de Hipona, identifica tres premisas de una “guerra justa”: declaración por una autoridad reconocida, culpabilidad/merecimiento de los afectados por la guerra, promoción del bien y alejamiento del mal. Esta lógica ya formaba parte de la ideología aplicada, por ejemplo, en las cruzadas, en las acciones militares para recuperar de las manos de los infieles el territorio de la Tierra Santa, décadas antes del registro textual de Aquino. La propia condición del soldado que, luchando por la causa divina, moría en la batalla, no era de pecado y condenación. Como afirmaba Bernardo de Claraval, estos caballeros, a diferencia de los que luchaban en conflictos seculares, defendían a la Cristiandad de sus enemigos y lo hacían en nombre de Cristo (Ferrari Puerta 2021).

En el siglo XVI, en el contexto de la Universidad de Salamanca, se produjo un proceso de revitalización de la escolástica tomista y, con Francisco de Vitoria, una expansión de la definición de “guerra justa”, diferenciando, por primera vez en el mundo cristiano occidental, las nociones de *ius ad bellum* e *ius in bello*:

Considera que puede ser justa no solo la guerra defensiva, sino también la ofensiva en la que "se pida satisfacción por una injuria recibida". Además, la respuesta bélica debía ser proporcional a dicha injuria, y antes de llevarla a cabo se debe escuchar al adversario. También podría considerarse justa la guerra ofensiva, según el teólogo, cuando se entablase para recuperar lo que había sido arrebatado al Estado en conflictos anteriores. (Ferrari Puerta 2021, 102)

En cualquier caso, junto a los criterios enumerados anteriormente, permanece también la representación veterotestamentaria del pueblo elegido, la nación santa, que tiene una misión civilizadora y, para ello, puede incluso utilizar la fuerza, instrumento que se legitima cuando es necesario para difundir la salvación (Castro 2018). Si bien en el siglo XX, durante el régimen autoritario, la imagen religiosa se superponía a la del "verdadero pueblo brasileño", en el siglo XXI se observa que ambas se confunden, entre el discurso neopentecostal, que atraviesa y refuerza el gobierno de Bolsonaro, a través del llamado caucus evangélico, y la construcción narrativa del "buen ciudadano", que traduce el concepto al ámbito no religioso, enfatizando los intereses nacionales, que se convierten en la generalización de cuestiones representativas de solo una parte de la nación.

En la sociedad contemporánea, Michael Walzer retoma la noción de “guerra justa”, aplicada específicamente a los conflictos entre Estados-nación, indicando que las naciones tratan de justificar su participación en guerras, las agresiones contra otros Estados, explicando las razones que les obligaron a entrar en el conflicto (Walzer 2000). Para ello, los Estados discuten sobre la ética de la guerra, que debe tener en cuenta tanto las justificaciones necesarias para participar en ella, el *jus ad bellum*, como los límites que pueden aceptarse con relación a la dinámica de la lucha, el *jus in bello*. Desde esta perspectiva, según el autor, existe el derecho de los Estados nacionales a actuar y reaccionar para proteger a sus ciudadanos de todo aquello que ponga en peligro su libertad o su vida. En cierto modo, la forma en que los militares presentan la Doctrina de Seguridad Nacional, la justifican y la practican se basa ideológicamente en esta lectura: se trata de una guerra contra la subversión, que pone en peligro el bien común, y por tanto se aplica el principio de la “guerra justa”. El discurso de Bolsonaro se moverá en la misma dirección, enumerando los enemigos de la nación, identificados en todos aquellos que se colocan como opositores a su proyecto conservador, y defendiendo su derecho a atacar.

Esto no quiere decir que Walzer estuviera justificando sistemas autoritarios; por el contrario, su lectura apuntaba a romper con una política no intervencionista, analizando situaciones de genocidio como las vividas en Camboya y Ruanda, justificando así la acción externa de otro Estado para poner fin a la supresión física de las minorías. En cambio, la dictadura militar brasileña buscó construir una base ideológica que cruzaba las dinámicas de la sociedad internacional -la guerrilla cubana y la exportación de la revolución, los conflictos de un mundo bipolar, con actores estatales alineados con los norteamericanos o los soviéticos- con la lucha política interna, transformando a los disidentes en "soldados extranjeros", asociando así la defensa de la nación a su eliminación.

Considerando esta base conceptual, en el contexto de la dictadura militar brasileña, es fundamental tener en cuenta que la legitimación de la "guerra justa" se basa en la construcción de un régimen de verdad que asegure el reconocimiento social de los preceptos del *Jus ad bellum*. Por lo tanto, desde el momento en que se eligió el término revolución para indicar lo que había ocurrido en 1964, en contraposición a la noción de golpe de Estado, el discurso militar tuvo que reforzar una percepción antagónica en la sociedad brasileña, entre el bien y el mal, y situarse en el "lado correcto" de la historia. A propósito, Francisco Campos, ideólogo del golpe militar y del pensamiento autoritario brasileño de los años 30 y 40, señalaba tanto las elecciones como las revoluciones como instrumentos de legitimación del poder: 1964 era legítimo (Funes 2014). En este sentido, el régimen siempre se preocupó por su institucionalización, buscando construir una farsa de Estado de derecho, basado en órganos de gobierno equipados y controlados desde arriba. De este modo, como señala Michel Foucault, el discurso, es decir, la construcción narrativa de la realidad, acaba ocupando el espacio de la misma, transformándose en un instrumento de poder: "el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse" (Foucault 1987, 12).

En ese marco, el poder militar pretendía transformar su discurso en hegemónico, es decir, en un reflejo totalizador de la realidad, relegando al silencio las narrativas disidentes. Obviamente, al régimen no sólo le preocupaba la coerción, sino también su imagen interna y ante la sociedad internacional, por lo que las estrategias discursivas se convirtieron en un importante instrumento de construcción de poder. En esta lucha, las representaciones producidas por el gobierno, aunque ancladas en fragmentos seleccionados de la realidad, que crearon palabras clave satanizadas y satanizadoras, como Cuba, comunistas, URSS, y movilizadoras, como guerra (en defensa de la patria amenazada), contribuyeron a crear un sentimiento de identificación con el imaginario de una nación bajo ataque.

En un contexto regional muy afectado por la Guerra Fría, especialmente tras la Revolución Cubana y el proyecto de exportar la revolución propagando el fuego revolucionario, los golpes militares de los años sesenta y setenta tuvieron como objetivo central apagar la llama del comunismo en las sociedades latinoamericanas. Como afirma Patrícia Funes, se formó una unidad regional del proyecto autoritario, con un enemigo común, el comunismo, con la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN) como ideología compartida y con una alianza común forjada en torno a la Operación Cóndor (Funes 2014). De hecho, según la historiadora argentina, la DSN se convirtió en el instrumento para justificar y legitimar el terrorismo de Estado -y por lo tanto en una herramienta que ofrecía una causa justa para la guerra- para poder extirpar el comunismo y la subversión del tejido nacional, garantizando lo que eran los "genuinos principios de la nación".

Según Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, las fuerzas armadas brasileñas consideraban que el principal objetivo de la subversión era la conquista total de la población, prestando especial atención al control de las mentes de los brasileños, es decir, el objetivo de la acción insurgente estaba más dirigido a una conquista física y psicológica de la nación. Para ello, se infiltraron en el cuerpo nacional, en las diferentes instituciones de la sociedad civil, desde la Iglesia a los sindicatos, universidades y todo tipo de organizaciones de clase, buscando manipular a las masas y desestabilizar al gobierno. Frente a este tipo de enemigo -identificado como inmoral y perverso- la acción represiva del Estado tenía un aura divina, porque se trataba ante todo de una batalla moral. De este modo, la guerra no podía tener otra finalidad que la erradicación completa y definitiva de esta mala hierba que ponía en peligro el desarrollo de los sanos principios nacionales:

Siendo así, la guerra solo podría ser ganada con la misma fe profesada por el enemigo, haciendo uso de idénticas técnicas de guerra psicológica, de propaganda y oponiendo una alternativa ideológica: la guerra contrasubversiva era la guerra total. El enemigo debía ser vencido, siendo imposible cualquier tipo de transacción o negociación. (Valdivia Ortiz De Zárate 2010)

A este respecto, es complementario el concepto de "frontera móvil" analizado por Cecília Coimbra, asociado a una división nacional entre los ciudadanos de bien (los buenos ciudadanos) y las fuerzas desestructuradoras de la sociedad. De hecho, la investigadora brasileña destaca esta gran transformación provocada por la DSN con relación a la comprensión del espacio fronterizo, ya no vinculado a una línea divisoria entre Estados nacionales, sino a delimitaciones internas entre la verdadera nación y la anti-nación. Por lo tanto, la "demarcación territorial" ya no es rígida, porque el enemigo ya no se encuentra en una clase social específica o en una esfera concreta del mundo del trabajo, puede presentarse de

distintas maneras, estar en todas partes y moverse entre distintos espacios físicos y sociales, por lo que es necesaria una acción elástica y transversal: en efecto, se produce una "caza a las brujas", un tentativo de control capilar y una acción coercitiva sistemática y minuciosa (Coimbra 2000).

Con un modelo de formación ideológico-militar modelado principalmente en la "Escuela de las Américas" y marcado por un acercamiento entre las percepciones político-militares de Estados Unidos y los diversos regímenes autoritarios latinoamericanos, la DSN buscaba fortalecer un escudo de protección contra la política expansionista del bloque comunista, que era la mayor preocupación de sus ideólogos. Así, los estados del subcontinente debían estar preparados para contener el avance del enemigo bolchevique en cualquiera de sus formas. De este modo, como se ha indicado anteriormente, la noción de adversario no sólo estaba vinculada a otro Estado o bloque de Estados, es decir, a actores externos al territorio nacional; por el contrario, estaba más fuertemente presente justamente dentro de la nación (Comblin 1978).

Construyendo una representación que luego estará fuertemente presente en la base ideológica del bolsonarismo, como se verá más adelante, el sujeto subversivo (o marxista) es presentado con una concentración de adjetivos negativos que no condenan principalmente sus ideas, sino su índole, su naturaleza perversa, transformándolo así en un peligro para la continuidad de la existencia de la propia comunidad nacional:

Los marxistas no sólo eran desleales a su país; eran tramposos, astutos, amorales y capaces de subvertir organizaciones y utilizarlas para sus tortuosos propósitos [...]. En varios países, las fuerzas armadas consideraron necesario modificar, suspender o incluso destruir las instituciones de la democracia que hacían posible la circulación de las ideas revolucionarias y la actuación de los grupos subversivos. Se iría a la guerra contra la subversión utilizando su arma definitiva: el terrorismo de Estado (Wright 2007, 26)

De este modo, las acciones represivas y autoritarias del Estado, y el propio terrorismo instaurado por los gobiernos latinoamericanos, no son el resultado de una voluntad, sino de una necesidad. Una vez más, el fin justifica los medios, porque hay que purificar la nación para salvarla: es imprescindible impedir la circulación del virus asesino.

En el contexto del *jus in bello*, que también forma parte de la noción de "guerra justa", podemos ver que los militares brasileños estaban muy preocupados por construir una narrativa sobre la corrección moral de sus acciones coercitivas. Una obra de ficción, la película *Zuzu Angel* (2006), del cineasta Sérgio Resende, inspirada en la historia real de la lucha de una *fashion designer* brasileña, cuyo nombre da título a la producción, para descubrir el destino de su hijo, Stuart

Angel Jones, uno de los prisioneros y desaparecidos políticos de la dictadura cívico-militar, y luego recuperar su cuerpo, ofrece una imagen del discurso del régimen sobre los métodos utilizados en la guerra contra la subversión.

Tras la desaparición de su hijo, militante del movimiento de resistencia MR-8, y después de recibir información de que había "caído", es decir, había sido capturado y detenido en el norte de la ciudad de Río de Janeiro, Zuzu inició una inmensa batalla para descubrir el paradero de Stuart. Como la estilista ya se había labrado una importante carrera a nivel nacional y tenía mucho éxito en Estados Unidos, contaba con una clientela influyente, las esposas de altos oficiales del régimen. Así que una de las estrategias que emplea es utilizar sus contactos profesionales para acceder a los cuarteles y centros de detención de las fuerzas armadas e intentar encontrar a su hijo. A través de su mujer, contacta con el general Bosco y le convence para que la lleve a visitar una de las cárceles políticas de la dictadura, bajo responsabilidad del ejército, para averiguar si Ángel Jones se encontraba allí.

En la estructura visitada, la película intenta enfatizar la acción de camuflaje de los generales, con la presentación de sábanas blancas y limpias y camas bien cuidadas, en un espacio muy higiénico. Emblemático, sin embargo, es el diálogo entre Bosco y Zuzu, que tiene lugar en el camino de la casa del general al centro de detención, cuando el militar señala que, si Stuart ha sido capturado por los militares, seguramente estará bien, porque el gobierno respeta los derechos de los prisioneros. De hecho, dirigiéndose a la protagonista, afirma que se cumplen los tratados internacionales de guerra: "Estamos en guerra, en guerra contra la subversión, por eso aplico la Convención de Ginebra a nuestros prisioneros, al pie de la letra" (Zuzu Angel 2006, 23:24). En otras palabras, los métodos de acción contrarrevolucionarios están aceptados por el derecho internacional y, por tanto, son moralmente aceptables. Por otra parte, los activistas políticos detenidos por el régimen son percibidos como prisioneros de guerra, como un enemigo extranjero capturado en el campo de batalla: combaten contra la patria, que no es la suya, porque se transforman en no ciudadanos.

De la narración cinematográfica a la historiográfica, el caso de Stuart Jones acabó en un proceso ante el Consejo de Defensa de los Derechos de la Persona Humana (CDDPH), una de las instituciones creadas por el sistema para dar una apariencia de normalidad institucional. Aunque se trataba claramente de un encubrimiento por parte del régimen, dada la preocupación de los militares brasileños por mantener una imagen de respeto al Estado de Derecho en el país, la comisión sirvió de freno al envío de comisiones externas por parte de organismos internacionales como la OEA (Organización de Estados Americanos), como acabó ocurriendo con Argentina en 1979.

La CDDPH, creada en 1964 pero instalada solamente en 1968, terminó de hecho funcionando como un espacio de ratificación y legitimación de las acciones represivas del régimen, del terrorismo de Estado, y de certificación del uso de métodos "legales" en la lucha contra la subversión. En este sentido, es emblemática la causa iniciada para investigar las circunstancias de la muerte de Jones, destacada por Denise Rollemberg, pero que terminó archivada (Rollemberg 2008). A pesar de la relevancia del caso en cuestión, la decisión casi unánime de su archivamiento fue indicativa de la farsa que este tipo de comisión representaba:

El caso fue archivado, con un solo voto en contra del representante de la OAB, el entonces presidente José Cavalcanti Neves. Faoro, que estaba presente en la reunión, se marchó antes del final de la sesión, un comportamiento que causó polémica. Faoro alegó que lo hizo porque comprendía la farsa del supuesto juicio y, como representante del CFC, no estaba obligado a aceptar el nombramiento. (Rollemberg 2008, 84)

Aunque el CDDPH no funcionase realmente como institución garante del Estado de Derecho en Brasil, colaboró con otras prácticas frentistas, como la elección indirecta del presidente de la República, en el discurso militar de respeto a la legalidad y legitimidad institucional. Del mismo modo, el uso de una lectura de la "guerra justa", aplicada a través de la ideología de la DSN, justifica el terrorismo de Estado, entendido como necesario porque pretende salvar a la nación de sus enemigos, asociados al comunismo internacional en el contexto de la guerra fría, pero interpretado como un virus disimulado que se infiltra en el tejido social y, por lo tanto, constituye una gran amenaza para la existencia de la propia comunidad nacional. Como se analizará a continuación, este marco conceptual será fundamental en la construcción de la narrativa neoconservadora utilizada por el gobierno de Bolsonaro y puesta en práctica en la defensa de los indicados como "ciudadanos de bien".

Bolsonarismo y neopopulismo de derecha: la construcción del discurso sobre el enemigo

En 2018, Jair Messias Bolsonaro fue elegido presidente de Brasil en una campaña política que constituyó parte del proceso de subversión del orden democrático, aunque dentro de un marco institucional identificado con el Estado de derecho, y dio señales de una nueva representación de la democracia en el imaginario popular que abrió brechas para rupturas y reinterpretaciones. De hecho, su gobierno fue la continuación y culminación de un proceso que se remonta al final de las elecciones de 2014, incluyendo el impeachment de la entonces presidenta Dilma Rousseff (2016), sin que se produjera un golpe o

cualquier otro tipo de ruptura institucional drástica, sino a través de un constante deshilachamiento de las instituciones políticas. En este sentido, la ridiculización del sistema y la deslegitimación de los procedimientos democráticos condujeron a un personalismo autocrático, en el que la voluntad del presidente tenía que ser la ley, o el problema era la ley, que era inadecuada.

De hecho, la propia trayectoria del expresidente, a lo largo de su carrera política como diputado federal desde 1991, estuvo marcada por la falta de respeto institucional: desde la exaltación del autoritarismo militar hasta las declaraciones contra las minorías, sus discursos caracterizaron un desprecio por los fundamentos de la democracia. Para él, la Constitución y las leyes debían ser una emanación de su voluntad, que se presentaba y concebía como la de la mayoría, la de los “hombres de bien”. Por otro lado, hubo un retorno a los conceptos de la DSN, del comunista -asociado a cualquiera que no compartiera las ideas bolsonaristas- como un peligro para la moral y la decencia del cuerpo de la nación, así como escándalos de corrupción que contribuyeron a la pérdida de confianza en el sistema durante la segunda década del siglo XXI, a la erosión de un marco institucional como referencia.

En este sentido, se rompió el pacto posautoritario, construido en el marco institucional de la Constitución de 1988, que, como afirma Rocha y Medeiros (2022), proponía un presidencialismo de coalición y la estructuración de una esfera pública posburguesa (Rocha, Medeiros 2022). En otras palabras, el proyecto de incorporación de los sujetos subalternizados a la esfera pública, aunque de forma lenta y gradual, comenzó a mostrar sus límites a partir de 2011, dejando espacio para el resentimiento de las clases medias y altas y abriendo camino a nuevos grupos de derecha. Al fin y al cabo, el final de la década pasada se caracterizó por la pérdida de un norte basado en derechos fundamentales y políticas de inclusión, dejando espacio a un proyecto neoconservador asentado en el agronegocio y las iglesias neopentecostales:

En 2016 y 2017, el debilitamiento de la hegemonía narrativa de los marcos de derechos fundamentales consagrados en la Constitución de 1988 ya estaba bien encaminado, gracias al crecimiento de un movimiento neoconservador sustentado en vínculos políticos entre las bancadas del agronegocio y evangélica. Si aún no se podía vislumbrar cómo esas fuerzas neoconservadoras se comportarían realmente en su búsqueda de la hegemonía política, ya se había constituido un espacio público que resultó en una notable pérdida de referencias a los derechos fundamentales. (Machado 2020, 4)

A nivel global, asistimos a una ola antiliberal y autoritaria que afecta tanto a los estados centrales de la sociedad internacional, especialmente Estados Unidos y Europa Occidental, como a los de la periferia, caso de América Latina. Este

fenómeno está estrechamente relacionado con la crisis económica de 2008, que rápidamente se convirtió en una crisis de deuda para los estados del norte global, adquiriendo nueva fuerza xenófoba con el problema migratorio entre 2013 y 2016 en la frontera entre los países industrializados y el sur global, sobre todo en el contexto del Mediterráneo. Al mismo tiempo, como se mostró anteriormente, Brasil experimentó -en el mismo período- un proceso de crisis económica y el nacimiento del resentimiento hacia el nuevo espacio ocupado por los sujetos subalternizados en la sociedad nacional. Puede decirse que esta nueva coyuntura provocó fuertes movimientos en el panorama político de la sociedad occidental, abriendo brechas para el ascenso de nuevos grupos (o de aquellos hasta entonces mantenidos al margen del poder) del populismo de extrema derecha.

Lisa Zanotti, José Rama y Talita Tanscheit asocian este fenómeno de emergencia de un *Populist Radical Right* en el contexto de las democracias europeas a una doble dinámica: por un lado, la aglutinación de la contestación de los partidos políticos tradicionales y, por otro, la politización de las identidades culturales (Zanotti, Rama y Tanscheit 2023). Por lo tanto, pueden verse e identificarse como una revolución silenciosa contra dos procesos simultáneos relacionados con la globalización económica y la integración europea que, junto con las oleadas migratorias, se considera que producen una situación de empeoramiento de las condiciones de vida, desde el empobrecimiento hasta la violencia y la pérdida de valores considerados tradicionales e identitarios. Se presenta así como una reacción a los valores liberales del cosmopolitismo y el multiculturalismo, que constituyen la base de las políticas internacionales fundadas en los derechos humanos, la institución del refugio y la aceptación de la diferencia. En cambio, estos grupos se proponen como los únicos defensores de la comunidad nacional y se identifican firmemente como patriotas.

En este sentido, algunas consideraciones conceptuales hechas por Jan Werner Müller son esclarecedoras para entender esta forma autoritaria del populismo de derecha, tanto en el ámbito internacional como específicamente en el caso brasileño. La consideración de la movilización de diferentes clases entre las propuestas populistas de izquierda y de derecha es muy relevante porque, según el autor, mientras la primera está marcada por la participación de las clases trabajadoras, la segunda, en cambio, está fuertemente conformada por las clases medias y medias altas (Müller 2016). Esta configuración, como quedará claro más adelante, está fuertemente presente en el bolsonarismo, así como fue la base de poder del autoritarismo de los años 1960-1970: las capas medias, ya grupos privilegiados de la sociedad, luchan por preservar sus privilegios, leídos como derechos. Con esto, este sector se representa a sí mismo como el “buen ciudadano”, el pueblo puro y homogéneo de la nación que se opone a las élites (políticas,

económicas, culturales) que son inmorales, corruptas y parasitarias, y están destruyendo la pureza nacional.

La incorporación social de los sectores populares se percibía cada vez más como un daño que los gobiernos de izquierda (en particular el Partido de los Trabajadores) estaban causando, especialmente a las clases medias, pero también a las capas más adineradas de la sociedad brasileña. El acceso a determinados bienes que identifican un estatus social de clase media-alta se había ampliado y el coste del relativo estilo de vida había aumentado:

Esta inclusión no se produjo sin reacciones. La percepción de importantes porciones de los sectores más acomodados de la población brasileña era negativa. No sólo veían que ciertos bienes y servicios que los distinguían de los demás (como el servicio de empleadas domésticas) se encarecían, sino que también se daban cuenta de que sus espacios antes exclusivos también estaban siendo ocupados por segmentos antes ausentes [...] Esto se reflejaba en la percepción negativa de importantes contingentes sobre los gobiernos del PT. (Couto, 2023, 13)

Además de la cuestión socioeconómica, Zanotti Lisa, José Rama y Talita Tanscheit también señalan otros factores que asocian al electorado europeo y brasileño con el populismo de derechas, relacionados con el color, el género y la religión:

Estos resultados ponen de relieve que los votantes del PRR en Brasil comparten algunos puntos en común con el electorado europeo del PRR: tienden a ser blancos, cristianos evangélicos, hombres, partidarios de medidas de seguridad pública más estrictas e insatisfechos con la democracia. (2023, 16)

En realidad, Camila Rocha y Jonas Medeiros hablan de una especie de relación de mercado entre la oferta y la demanda, es decir, el ascenso de los candidatos populistas de derecha fue una respuesta a grupos de huérfanos en busca de representantes (Rocha, Medeiros 2022). Mientras que -desde 2011- se ha producido una institucionalización y vaciamiento de los movimientos sociales asociados a la izquierda, por otro lado, ha crecido la oposición de derecha al gobierno -especialmente marcada por el descontento ante los escándalos de corrupción- que no ha podido encontrar representación en el abanico de propuestas políticas existentes. De esta forma, como plantean Lisa Zanotti, José Rama y Talita Tanscheit, la expansión del populismo de derecha en Brasil, pero también en Argentina, Chile y otros países latinoamericanos, se caracterizará sobre todo por un discurso centrado en políticas no distributivas y, por lo tanto, regresivas en relación a la inclusión social de la década anterior, por el conservadurismo en cuestiones percibidas como “morales” y por una política de

seguridad pública represiva, identificada con el concepto de “ley y orden” (Zanotti, Rama y Tanschei, 2022). Además, se percibe como una respuesta también en el ámbito de las “buenas costumbres” a las políticas progresistas, con la difusión de un ideario reaccionario (Couto, 2023), en respuesta a lo que se entendía como un aumento desmesurado de la representación feminista y queer en los medios de comunicación, especialmente en las telenovelas de la Rede Globo, identificadas entonces con el diablo (Rocha, Medeiros 2022).

Como no hay Bolsonarismo (o esta línea de populismo de derecha) sin Bolsonaro, es importante entender el papel de la ideología del régimen militar en la trayectoria del expresidente brasileño y cómo siempre construyó un discurso dualista en el que estaban los buenos y verdaderos brasileños y los “anti-nación”. En 1973, al final del llamado “milagro económico” vivido durante los “años de plomo” de la dictadura militar, Jair Messias ingresó en la Escuela de Cadetes de Campinas (estado de São Paulo), y al año siguiente fue aprobado en la Academia Militar Agulhas Negras (AMAN), cuyo curso de formación de oficiales completó en 1977, en el estado de Río de Janeiro. Después de terminar la Escuela de Educación Física del Ejército en 1983, se convirtió en maestro de salto en la Brigada Paracaidista de Río de Janeiro. Finalmente, entre 1986 y 1988, ganó notoriedad nacional por su protesta contra los bajos salarios militares, que fue seguida de un proceso ante el Tribunal Superior Militar (Monteiro, Souza Y Silva, 2024). También en 1986, fue encarcelado durante quince días por faltar al respeto a la jerarquía al publicar en la revista “Veja” una opinión crítica con el ejército en relación con el pago de salarios. En los dos años siguientes, tras una nueva publicación de la revista, es acusado controvertidamente de planear un atentado contra el ejército, condenado primero por una comisión militar con la expulsión de la institución, y absuelto después por el Tribunal Militar Superior por falta de elementos probatorios.

No se trata sólo de un individuo, sino de un grupo, tal vez una generación de militares que vivieron el momento de mayor poder y construcción ideológica del régimen y, al mismo tiempo, su declive y su fin con la vuelta a la democracia en 1985. A pesar de la ley de amnistía y de la falta de justicia transicional en el periodo, así como de una gran crisis económica, hubo grupos de militares que no aceptaron la apertura política en marcha en la segunda mitad de la década de los 70, y este conflicto también estuvo marcado por los atentados a la derecha del régimen. Podemos ver este resentimiento en el discurso de Bolsonaro, con relación a una edad de oro asociada a la dictadura militar, por parte de un individuo que, al final del día, habría protagonizado una disputa salarial, pero que también significaba estatus social. Lo mismo puede verse en la continuidad de la ideología de la Doctrina de la Seguridad Nacional, de la “guerra justa” contra los enemigos de la patria, de la amenaza comunista que se introduce en cada fibra del tejido

nacional, en las escuelas y universidades, en los medios de comunicación opositores, en las manifestaciones culturales que no sintonizan con la moral del bolsonarismo. Si bien limitadas políticamente respecto al terrorismo de Estado de la dictadura, sus políticas también terminaron produciendo muertes, aunque a veces mediáticas, a través de la “oficina de odio” creada en su gobierno, que invadió las redes sociales para destruir a los oponentes, con abundante uso de *fake news* (Silva 2020; Singer, 2022).

El discurso de investidura del presidente, el 1 de enero de 2019, dejó claro un concepto de nación homogénea, formada por un colectivo de buenos ciudadanos, que tenían características específicas destacadas en su discurso, que estaban llamados a reconstruir Brasil: “a ayudarme en la misión de restaurar y reedificar nuestra patria, liberándola de una vez por todas del yugo de la corrupción, de la criminalidad, de la irresponsabilidad económica y de la sumisión ideológica” (Bolsonaro, 2019). La nación estaba prisionera del yugo comunista y Bolsonaro estaba llamado a llevar a cabo su liberación: había que estructurar una misión mesiánica de avivamiento y elevación nacional.

Más adelante, hay indicios de quiénes son esas personas de las que habla Bolsonaro, y que están llamadas a ser los agentes de liberación del país: son los famosos “ciudadanos de bien”. Su discurso podría compararse con el pensamiento WASP (White Anglo-Saxon Protestant), excepto que todo está ocurriendo en algún lugar de América Latina, porque está hablando a neopentecostales, conservadores, racistas, impregnados de prejuicios de clase, color y género:

Vamos a unir al pueblo, valorar la familia, respetar las religiones y nuestra radición judeocristiana, combatir la ideología de género preservando nuestros valores. Brasil volverá a ser un país libre de ataduras ideológicas [...] Mi campaña electoral atendió al llamamiento de la calle y forjó el compromiso de poner a Brasil por encima de todos, y a Dios por encima de todo. [...] En este proceso de recuperación del crecimiento, el sector agropecuario seguirá desempeñando un papel decisivo. (Bolsonaro, 2019)

Al final de la cita anterior, tenemos dos de los pilares centrales del gobierno de Bolsonaro: el agronegocio y la bancada evangélica, formada en su mayoría por personas (muchos de ellos pastores) de las iglesias neopentecostales, que han experimentado un crecimiento exponencial en América Latina y específicamente en Brasil en el siglo XXI. Por otro lado, los no cristianos (aunque estos grupos religiosos fuertemente conservadores satanizan las religiones afrobrasileñas, este concepto se aplica a cualquiera que no comparta la misma lectura fundamentalista de la fe), las feministas, la comunidad LGBTQIA+, los movimientos sociales progresistas, los opositores políticos de izquierda y la parte de la sociedad que se identifica con ellos no forman parte de las personas que se reunirán. Nace así,

como manifiesto político de su gobierno, la división dual de la sociedad brasileña entre los buenos y los malos, entre el pueblo elegido que sigue a su mesías y los otros, que representan la destrucción de los valores fundamentales de Brasil como nación judeocristiana agro-pop.

Para defender la buena sociedad nacional del maligno, es necesario iniciar una “guerra justa” y santa, una cruzada contra los enemigos de la nación. De hecho, en su discurso, Jair capitaliza una puñalada poco clara que recibió durante la campaña electoral para erigirse en héroe que vive físicamente en su cuerpo el dolor de una patria martirizada: “Cuando los enemigos de la patria, del orden y de la libertad intentaron acabar con mi vida, millones de brasileños salieron a las calles. [...] en un movimiento cívico, se cubrieron de verde y amarillo, se volvieron espontáneos, fuertes e indestructibles, y nos trajeron hasta aquí” (Bolsonaro, 2019). Retomando las consignas del autoritarismo militar, habla de sus adversarios como defensores del desorden, del crimen, de la dictadura izquierdista, capaces de cualquier acto vil para conseguir sus objetivos a diferencia de sus seguidores, vestidos de verde y amarillo (los colores de la bandera nacional, de la patria), como si fuera la sangre del cordero, que acabaron saliendo victoriosos.

Aunque no constituyera necesariamente una acción corporal directa del Estado, como las detenciones y torturas que caracterizaron a la dictadura militar, los elementos de una “guerra justa” estuvieron presentes en la forma en que se utilizó políticamente la máquina pública, en un proyecto gradual del bolsonarismo para aparejar la administración y la gestión públicas. Vemos, por ejemplo, el desmantelamiento de las instituciones encargadas de proteger los derechos de los indígenas, los *quilombolas*¹ y el medio ambiente (Machado 2020), con el consecuente privilegio de proyectos apoyados por el agronegocio, un retroceso en las políticas ambientales, desapoderando y tornando vulnerables a las comunidades que viven en y de la floresta. Al mismo tiempo, el gobierno ha reducido la financiación en áreas relacionadas con los derechos humanos, la educación, el medio ambiente y la investigación, ampliando en cambio el espacio presupuestario para proyectos de su base aliada, sin control ni transparencia (Câmara 2023). De esta forma, el Estado actúa como instrumento del movimiento neoconservador, imposibilitando el control o la prevención por parte de las instituciones públicas que garantizan el Estado de Derecho.

Con relación a la población indígena amazónica, que también era altamente combatida por el régimen militar, se implementaron una serie de acciones para reducir su protección, lo que llevó a un aumento de las situaciones de violencia y

¹ Se refiere a los afrobrasileños descendientes de antiguos quilombos, que siguen viviendo en los territorios de sus antepasados, pero sin la propiedad legal de la tierra. La legislación brasileña garantiza la demarcación de estos territorios, a partir de procesos que confirman la continuidad histórica de la ocupación.

eliminación física de estos individuos. En el caso de la FUNAI (Fundación Nacional del Indio), Pedro Rapozo denuncia el despotenciamiento de la institución a través de la reducción de la financiación para las acciones de inspección, monitoreo y otras acciones de protección realizadas en la Amazonia (Rapozo 2021). Al mismo tiempo, en lo que respecta al Ministerio de Medio Ambiente, se ha producido una disminución de su eficacia, causada por el despido de 21 de los 27 superintendentes regionales del Ibama (Instituto Brasileño del Medio Ambiente y de los Recursos Naturales Renovables), con el resultado de que muchas sedes han estado vacantes durante meses o han sido ocupadas por militares que no tienen competencias en materia ambiental. Además, en contra de la legislación ambiental brasileña, que exige la destrucción de los equipos utilizados por los infractores si no hay forma de trasladarlos, Bolsonaro desautorizó una operación del Ibama en Rondônia, diciendo que la orientación actual era no quemarlos (Cronologia de um desastre anunciado 2020).

El resultado de este dismantelamiento ha sido un aumento del poder del agronegocio y de los grupos que explotan ilegalmente la floresta, porque la falta de capacidad de control ha llevado a un aumento de la falta de respeto por la Constitución y la legislación vigente. En consecuencia, el aumento de las actividades económicas delictivas también ha provocado la destrucción de los territorios indígenas, de sus medios de subsistencia e incluso de sus vidas:

La invasión de lagos comunitarios utilizados para la pesca, la extracción ilegal de oro, la comercialización de madera extraída de tierras indígenas y las redes de narcotráfico que coaccionan a los pueblos indígenas, sometiéndolos a la violencia, aunque de manera invisible, son elementos significativos para la comprensión de una dinámica económica excluyente en contextos de alta vulnerabilidad socioeconómica. (Rapozo 2021)

En un informe de 2020, la Asociación Nacional de Servidores del Medio Ambiente (Ascema) denuncia las consecuencias negativas del nombramiento del ministro Ricardo Salles (político defensor de la agenda ruralista, exdirector jurídico de la Sociedad Rural Brasileña, condenado por improbidad administrativa cuando era secretario de Medio Ambiente de São Paulo por fraude en el Plan de Gestión de un área de protección ambiental) para la cartera de Medio Ambiente. En concreto, se refiere a la retirada de la financiación de varios proyectos ambientales y a la suspensión durante 90 días de los acuerdos con organizaciones no gubernamentales determinados por él.

Profundizando en la cuestión, el documento cita numerosas actuaciones de la Medida Provisional 870/2019, de 1 de enero de 2019, que perjudican al medio ambiente y, en consecuencia, a las poblaciones de la floresta. De hecho, reporta el control que ahora ejerce el bloque rural tanto sobre la gestión ambiental como

sobre los espacios ocupados por poblaciones indígenas y comunidades tradicionales. En este sentido, una acción importante fue la transferencia del “Servicio Forestal Brasileño” a la estructura del Ministerio de Agricultura y Ganadería, así como la transferencia de la competencia para la demarcación de los territorios indígenas, es decir, la Funai, de una institución con sede en el Ministerio de Justicia al Ministerio de la Mujer, la Familia y los Derechos Humanos (Cronologia de um desastre anunciado 2020).

En resumen, hay una clara política de favorecer al caucus rural, que ahora tiene el control directo tanto de las políticas medioambientales como de la distribución de tierras y la ocupación de los territorios forestales e indígenas por parte del agronegocio. Al mismo tiempo, se ha debilitado una fundación que gestionaba grupos indígenas, que no sólo ha sido colocada en un ministerio secundario, encabezado por una pastora neopentecostal, Damares Alves, que representa la otra cara del gobierno bifronte de Bolsonaro. La citada ministra fue denunciada por la Apib (Articulación de Pueblos Indígenas de Brasil) por genocidio causado por negligencia en la gestión de problemas fatales que afectaban a la población yanomami, con la muerte de innumerables niños (Bergamo 2023).

Otro punto relevante en este concepto de “guerra justa” en la versión del bolsonarismo es su política de seguridad pública. Como relata Amanda Costamilan, su propio plan de gobierno, como candidato en las elecciones de 2018, denunciaba que el país estaba en guerra y que la población brasileña vivía un proceso de exterminio a manos de criminales (Costamilan 2023). En el mismo plano, el entonces candidato Bolsonaro anunció una política de valorización de los policías, pero no se refería a mejores condiciones de trabajo, con impacto positivo en la salud psicofísica de esos trabajadores de la administración pública. De hecho, lo que estaba en la agenda en ese momento era lo que algunos periódicos llamaron una licencia para matar, es decir, la eliminación de la responsabilidad penal de los agentes de policía, así como la promesa de suministrarles armas más modernas. Esto muestra la proyección de una política de seguridad pública basada en el esquema de “Ley y Orden”, que no era preventiva, sino que hacía la guerra (justa) contra la delincuencia, que, en Brasil, especialmente la microdelincuencia, tiene color y clase social. En definitiva, “el discurso de la guerra en busca de la unidad frente a un enemigo común justifica las constantes violaciones de derechos y asesinatos por parte de las fuerzas del Estado” (Costamilan 2023, 131).

Una de las afirmaciones icónicas de Bolsonaro y sus seguidores es que “un bandido bueno es un bandido muerto” y la justificación de las truculentas operaciones policiales, que han dejado innumerables muertos, es que “todos eran bandidos”. En este sentido, la guerra contra el enemigo del pueblo brasileño -el bandido- ha justificado todo el recrudecimiento de la violencia policial, que, en el

caso de Brasil, significa negros, pobres y personas de la periferia: en 2022, el 83,1% de las 6.429 muertes resultantes de intervenciones policiales (MDIP) eran personas negras, y el 53% eran jóvenes menores de 24 años (Anuário Brasileiro de Segurança Pública 2023). De hecho, el análisis realizado por el Foro Brasileño de Seguridad Pública indica que el uso de la fuerza es abusivo cuando el porcentaje de MDIP en relación con el total de muertes violentas intencionales supera el 10%, y en Brasil en 2022 este indicador fue del 13,6%, alcanzando casi el 30% en el estado de Río de Janeiro (Anuário Brasileiro de Segurança Pública 2023, 60). Aunque haya una enorme diferencia entre las diversas unidades de la federación, el hecho del uso desproporcionado de la fuerza sigue siendo una de las características de la actuación policial en Brasil, aumentada con la justificación del discurso bolsonarista.

El concepto de “guerra justa” en defensa de Brasil, fuertemente basado en una interpretación de la DSN, atravesó tanto la campaña electoral de Jair Messias Bolsonaro en 2018 como su gobierno (2019-2022). Representando los proyectos del agronegocio, de las iglesias neopentecostales y de una importante porción conservadora de las clases media y media alta, la “guerra justa” significaba combatir a todos aquellos que interfirieran en la realización de los intereses de la base social de apoyo del gobierno. Sin embargo, al igual que en el periodo de autoritarismo de los años 60 y 70, la sociedad no podía fragmentarse, por lo que se produjo una homogeneización del pueblo brasileño en torno a los valores e intereses de este grupo: las minorías y la diferencia no eran bienvenidas. La aplicación de este proyecto justificará el exterminio, no necesariamente basado en la acción directa de órganos de represión, como durante la dictadura, sino sobre todo mediante el equipamiento del Estado, la reducción de las posibilidades de intervención de las instituciones de la administración pública y la reformulación de la legislación.

Consideraciones finales

El gobierno de Bolsonaro se caracterizó por un proyecto excluyente que respondió de forma conservadora a las políticas de inclusión que habían marcado a la sociedad brasileña después de la Constitución de 1988. Históricamente, esta última experiencia puede ser vista como otra de las innumerables intervenciones diseñadas por la élite nacional para controlar a los grupos subalternizados y garantizar su no emancipación. Al igual que en el período del autoritarismo militar de los años sesenta a los ochenta, el resentimiento y el miedo de las clases medias también fueron vistos en esta última década como una fuerza impulsora para apoyar a un gobierno que haría retroceder las conquistas sociales de la clase

trabajadora, de las poblaciones de las periferias urbanas y rurales, y de las minorías étnicas y de género.

Así como en el período militar, en el Brasil bolsonarista también ha crecido un fuerte dualismo político, pero también moral; en realidad, el primero es atravesado por el segundo, al menos en la retórica gubernamental. En el continuo ascenso de un antagonismo entre dos brasiles, hay un proceso de satanización de individuos y grupos que no comparten el proyecto que está en el poder, que son identificados como los enemigos de la patria, dado que el grupo conservador se representa a sí mismo como “el pueblo brasileño”, tomando para sí los símbolos nacionales, desde la bandera hasta la camiseta del equipo de fútbol, ambos emblemas por excelencia de pertenencia. En el otro lado están todos aquellos que constituyen la diferencia y, por lo tanto, son un obstáculo para el desarrollo del país, desde una perspectiva patriarcal: las feministas discuten los roles sociales de género, el movimiento LGBTQIA+ cuestiona la creencia en una sociedad binaria entre masculino y femenino, las comunidades afrobrasileñas denuncian el racismo estructural que caracteriza las relaciones sociales en Brasil, las poblaciones indígenas y sus tierras demarcadas son un problema para el desarrollo económico nacional. Todos estos problemas, todo este desorden, fueron creados por los gobiernos progresistas de la primera década, que, mediante políticas redistributivas y acciones afirmativas, pusieron en jaque el control del capital y la dominación de las clases media y alta.

Si en 1964 João Goulart era el enemigo al que había que eliminar, y como a él a todos los que compartían sus ideas y su proyecto, mediante un golpe de Estado cívico-militar, en la segunda década del siglo XXI no había una coyuntura favorable para una ruptura política drástica, por lo que se promovió un golpe dentro del marco institucional, empezando por el impeachment de la entonces presidenta Dilma Rousseff en 2016 y, finalmente, con la erosión del Estado de derecho que ha caracterizado al gobierno de Bolsonaro. Aunque de manera diferente, en ambas situaciones vemos la toma del poder por grupos políticos conservadores, apoyados por sectores medios urbanos y élites agrarias, buscando “salvar” a la nación de la destrucción traída por grupos progresistas: si en 1964 la población fue aterrorizada con el fantasma cubano, Brasil se convertiría en una nueva Cuba, la versión contemporánea utiliza aquel venezolano.

Ambos discursos narraban un proceso de destrucción nacional llevado a cabo por grupos subversivos, que debía ser bloqueado por el bien del verdadero pueblo brasileño. En estos proyectos progresistas, incluso según la visión conservadora, se cuestionaba la homogeneidad de la nación, dividiéndola entre opresores y oprimidos, proponiendo políticas que reequilibraran las diferencias económicas, pero también con relación al ejercicio de la ciudadanía. De hecho, en la concepción populista o autoritaria no hay lugar para la diferencia, porque la

nación es homogénea, y cualquiera que acentúe las divisiones en el tejido nacional se convierte en el enemigo al que hay que acabar por el bien de la comunidad. De este modo, la batalla para eliminar el virus de la subversión del organismo nacional, o más bien a aquellos individuos que desean subvertir el orden “natural” mediante propuestas perjudiciales para la unidad del pueblo brasileño, constituye una “guerra justa”.

Teniendo en cuenta que la causa de la lucha era justa -la defensa de la soberanía, la unidad y la integridad de la nación brasileña-, así como los métodos de acción, puesto que se actúa a través de un marco institucional y en nombre de una autoridad reconocida, después de haber utilizado todos los demás medios pacíficos, no queda más remedio que la guerra. Por lo tanto, en nombre del bien de la comunidad, el Estado está autorizado a intervenir, aunque sea a costa de la muerte, para garantizar un bien mayor. Por ejemplo, aunque la tortura y la desaparición de personas durante el período del autoritarismo militar fueran un aspecto negativo de la “guerra justa”, eran necesarias para evitar que la nación fuera puesta en riesgo de desorden y caos; al mismo tiempo, las acciones implementadas por el gobierno de Bolsonaro para dismantelar los sistemas institucionales de protección del medio ambiente y de las poblaciones indígenas son un mal menor e imperativo para el desarrollo económico del país: una vez más, como solía decir el ex presidente, las minorías tienen que adaptarse o desaparecer, porque su gobierno es para la mayoría. Evidentemente, hay una gran diferencia entre el discurso del proyecto conservador, que hace hincapié en el bien del pueblo brasileño, y su motivación real, que lo vincula a grupos de poder -como el agronegocio en el Brasil contemporáneo- que son los que realmente se benefician de la guerra, que en realidad representa los intereses de una parte de la población. La modernización conservadora ha sido posible, y sigue siéndolo, gracias a un discurso hegemónico que homogeneiza la sociedad y criminaliza y demoniza cualquier otro discurso disidente.

A este respecto, resulta emblemático volver al caso de los caballeros que emprendieron las Cruzadas para luchar contra los infieles y reconquistar la ciudad santa de Jerusalén, uno de los pilares de la teoría de la “guerra justa”. Aunque la causa de los homicidios perpetrados en la batalla era digna de condena divina, Claraval subrayó que la motivación de sus acciones -en nombre del cristianismo- hacía que, en caso de morir en el combate, no se le atribuyera este pecado. Una lógica semejante se observa en el proyecto de Jair Bolsonaro de eliminar la responsabilidad penal de los policías, como también fue concebido durante la dictadura militar. Actuando en nombre del Estado y de la nación, para purificarla, en un proyecto de seguridad pública basado en una política de “ley y orden”, debería ser premiado, no condenado, por haber librado al cuerpo nacional de un cáncer, el bandido.

En fin, se puede decir que el discurso del grupo político bolsonarista, en su forma de populismo radical de derecha, ha encontrado terreno fértil en la sociedad brasileña porque la ideología de la DSN sigue ocupando un espacio privilegiado en el imaginario nacional, especialmente fortificado por la amnistía que rodeó el proceso de transición democrática, imposibilitando la incriminación de los individuos que implementaron el terrorismo de Estado y el proyecto que perseguían. Parte de la población cree en un pasado dorado y ordenado, garantizado por los militares, que impidió que Brasil se convirtiera en una dictadura comunista, y el discurso de Bolsonaro muestra esta continuidad. Estamos, pues, ante un nuevo y viejo enemigo, fragmentado y extendido en el tejido social, contra el que la guerra es justa y necesaria.

Bibliografía

- Anuário Brasileiro de Segurança Pública*. Fórum Brasileiro de Segurança Pública. 2023. São Paulo: FBSP. p. 65. [Consulta: 08-05-2024]. Disponible en <https://forumseguranca.org.br/wp-content/uploads/2023/07/anuario-2023.pdf>
- Bergamo, Monica. 2023. "Yanomamis: Apib denuncia Bolsonaro e Damares por genocídio". In *Folha de São Paulo*. [en línea]. 26 de enero. [Consulta: 16-03-2024]. Disponible en <https://www1.folha.uol.com.br/colunas/monicabergamo/2023/01/apib-aciona-pgr-contr-bolsonaro-damare-e-ex-chefes-da-funai-por-suposto-genocidio-de-yanomamis.shtml>
- Bolsonaro, Jair Messias. 2019. "Discurso do Presidente da República, Jair Bolsonaro, durante Cerimônia de Posse no Congresso Nacional". In *Biblioteca da Presidência da República*. [Fecha de consulta: 08-05-2024]. Disponible en <http://www.biblioteca.presidencia.gov.br/presidencia/ex-presidentes/bolsonaro/discursos/discurso-do-presidente-da-republica-jair-bolsonaro-durante-cerimonia-de-posse-no-congresso-nacional>
- Câmara, Heloisa Fernandes, Almeida, Ana Paula Cardoso. 2023. "Estratégias de erosão constitucional no Brasil: bolsonarismo e a desconstituição por meios legais e administrativos". In *Revista Direito e Práxis*, 14 (4), 2432-2462
- Castro, Douglas de. 2018. "guerra justa", injusta e assimétrica: uma abordagem crítica das normas internacionais da guerra". In *Revista de Estudos Constitucionais, Hermenêutica e Teoria do Direito (RECHTD)*, 10 (2), 150-169.
- Coimbra, Cecília Maria Bouças. 2000. "Doutrinas de Segurança Nacional: banalizando a violência". In *Psicologia em Estudo*, 5 (2), 1-22.

- Comblin, José. 1978. *A ideologia da Seguranca Nacional: o poder militar na América Latina*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Costamilan, Amanda. 2023. *Política criminal neoliberal: militarização e mercantilização da segurança pública nos governos Temer e Bolsonaro a partir da economia política da punição*. [Trabajo de Fin de Máster]. Criciúma (Brasil): Universidade do Extremo Sul Catarinense, Programa de Pós-Graduação em Direito.
- Couto, Cláudio Gonçalves. 2023. "O Brasil de Bolsonaro: uma democracia sob estresse". In *Cadernos Gestão Pública e Cidadania*, 28, 1-13.
- "Cronologia de um desastre anunciado: Ações do Governo Bolsonaro para desmontar as políticas de Meio Ambiente no Brasil". 2020. *Associação Nacional dos Servidores de Meio Ambiente*. [Fecha de consulta: 06-03-2024]. Disponible en <https://iieb.org.br/wp-content/uploads/2021/08/Ascema.pdf>
- Ferrari Puerta, Alberto José. 2021. "El concepto de "guerra justa" a través de los tiempos". In *Novum Jus*, 15 (1), 91-115.
- Finchelstein, Federico. 2019. *Dai Fascismi ai Populismi. Storia, politica e demagogia nel mondo attuale*. Roma: Donzelli.
- Foucault, Michel. 1987. *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquest.
- Funes, Patricia. 2014. *Historia Mínima de las ideas políticas en América Latina*. México D.F: El Colegio de México.
- Igreja, Rebecca Lemos. 2021. "Populism, inequality, and the construction of the 'other': an anthropological approach to the far right in Brazil". In *Vibrant Virtual Brazilian Anthropology*, 18, 1-22.
- Machado, Lia Zannotta. 2020. "From the Time of Rights to the Time of Intolerance. The Neoconservative Movement and the Impact of the Bolsonaro Government. Challenges for Brazilian Anthropology". *Vibrant Virtual Brazilian Anthropology*, 17, 1-35.
- Monteiro, Maria Carmina, Souza, Márcia de e SILVA, Fabricio Pereira da. Jair Messias Bolsonaro. 2024. *Dicionário Histórico-Biográfico Brasileiro – Pós-1930*. Rio de Janeiro: CPDOC. [Fecha de consulta: 12-05-2024]. Disponible en: <http://www.fgv.br/cpdoc/acervo/dicionarios/verbete-biografico/jairmessias-bolsonaro>.
- Müller, Jan-Werner. 2016. *What is populism?* Philadelphia: University of Pennsylvania.
- Rapozo, Pedro. 2021. "Necropolitics, State of Exception, and Violence Against Indigenous People in the Amazon Region During the Bolsonaro Administration". In *Brazilian Political Science Review*, 15 (2), 1-25.
- Rocha, Camila, Medeiros, Jonas. 2022. "2022: o pacto de 1988 sob a Espada de Dâmocles". In *Estudos Avançados*, 36 (105), 65-84.
- Rollemberg, Denise. 2008. "Memória, opinião e cultura política: a Ordem dos Advogados do Brasil sob a ditadura militar: 1964-1974". En REIS,

- Modernidade alternativas*, Daniel Aarão y Rolland, Denis (compiladores). Rio de Janeiro: FGV, 57-96.
- Silva, Daniel. 2020. "The pragmatics of chaos: parsing Bolsonaro's undemocratic language". En *Trabalhos em Linguística Aplicada*, 59 (1), 507-537.
- Singer, André. 2022. "Regime Autocrático e viés fascista: um roteiro exploratório". En *Revista Lua Nova*, 116, 53-82.
- Sorabji, Richard, Rodin, David. 2006. *The Ethics of War: Shared Problems in Different Tradition*. London: Routledge.
- Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica. 2010. "¡Estamos en guerra, señores!: el régimen militar de Pinochet y el "pueblo", 1973-1980". *Historia* (Santiago), 43 (1), 163-201.
- Valente, Riccardo, Borba, Julia. 2023. "Tropical Trump, or a very Brazilian tale? Social class resentment as a moderating factor between anti-PT sentiment and the vote for Jair Bolsonaro in 2018. *Opinião Pública*, , 29, 1, 24-41.
- Walzer, Michael. 2000. *Just and Unjust wars: a moral argument with historical illustrations*. 3 ed. New York: Basics Books.
- Wright, Thomas. 2007. *State Terrorism in Latin America. Chile, Argentina and International Human Rights*. Maryland: The Rowman & Littlefield Publishing Group.
- Zanotti, Lisa, José, Rama, y Talita, Tanscheit. 2023. "Assessing the fourth wave of the populist radical right: Jair Bolsonaro's voters in comparative perspective". En *Opinião Pública*, 29 (1), 1-23.

Luis Fernando Beneduzi

Es catedrático de Historia e Instituciones de las Américas en la Universidad Ca' Foscari de Venecia y socio fundador de la Asociación Internacional AREIA. Es miembro del Colegio de Doctorado en Estudios Históricos, Geográficos y Antropológicos de las Universidades de Venecia y Padua. Ha coordinado proyectos financiados por agencias de fomento brasileñas y europeas sobre los procesos migratorios en América Latina entre los siglos XIX y XX, así como sobre las migraciones latinoamericanas contemporáneas. Actualmente es miembro del proyecto Jean Monnet sobre la reconfiguración de la presencia de la UE en América Latina (EUinLAC). ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2885-5548>.

Contacto: luis.beneduzi@unive.it

Recibido: 15/02/2025

Aceptado: 11/04/2025

Copyright © 2025 The Author(s)

The text in this work is licensed under the Creative Commons BY 4.0 International License <https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>.